

Pero yo seguía empeñada en que todo iba bien, quería, por así decir, tener el matrimonio perfecto para intentar compensar lo de haberme casado preñada y encima con un fontanero además, cosa más vulgar, un hombre sin pulir, así que nunca dejaba que nadie me viera llorar nunca, ni siquiera triste o deprimida, y salía al mercado con la cabeza bien alta, tirando muy orgullosa del carrito, viviendo en discreto pero contándole a todo el que quisiera oírme las mil maravillas de mi marido, y lo contenta que yo estaba, guardando las apariencias, ya sabe. Y me convertí en una mujer de sustancia, que de dos sacaba cuatro, y me dejaba los ojos cosiendo hasta las tantas para ir bien vestida y que también lo fuese la niña... y si no tuve más niñas que vestir es porque después de casados casi no volvimos a hacerlo, muy de cuando en cuando, de pascuas a ramos, que a mí eso no me importaba, porque el asunto nunca me gustó demasiado, aunque si echaba de menos a veces el haber tenido otra criatura, pero cuando pensaba en eso solo tenía que acordarme de lo mal que lo pasé en el parto para que se me pasaran las ganas de crío. Si yo le contara como fue el parto de mi hija... No le extrañe que la quiera tanto, con lo que sufrí para traerla al mundo... Nada más llegar al hospital ya temblaba, que fui sola porque mi marido estaba de farra aquella noche, y no quise llamar a mi madre para no tener que reconocerle que no sabía donde podía encontrarlo, piense que en aquel entonces no había móviles ni nada de eso, y por no tener nosotros no teníamos ni teléfono en casa, y allí, dieciocho años, una niña como quien dice, me presenté en el hospital yo sola, en un taxi, conforme estaba, con lo puesto el camisón de dormir y el abrigo encima, y tuve que dejar que manos extrañas me afeitaran el pelo de ahí abajo, un sitio que hasta entonces solo habíamos tocado yo y mi marido, y el médico, claro, y mi marido casi no, como ya le he dicho antes, que lo hicimos pocas veces y casi sin tocar, y no me dejaban ver, no me daban explicaciones, las enfermeras me gritaban, y luego me clavaron agujas y me pusieron allí con las piernas abiertas y aquel dolor que me retorció por dentro y que duró horas, y las enfermeras que me gritaban y me daban órdenes, no imagina que mal lo pasé, no me quedaron ganas para más partos. Pero luego la niña me compensó de todo, de verdad, y en lo tocante a mi marido, aprendí a llevarle con un poquito de mano izquierda, a ser flexible, a tener un poquito de correa, a hacer como que no me enteraba de a qué horas llegaba o que no me importaba, y a morderme los labios si me gritaba porque la comida no le gustaba, y a poner siempre al mal tiempo buena cara, que yo, aquí donde me ve, tan delgada, tan poca cosa, tengo en realidad más fibra de la que aparento, y mucho aguante, así que en el barrio todos creían que yo vivía muy feliz y yo misma me lo llegué a creer a ratos. Y

el tiempo se me iba en coser y limpiar, y en leer novelas de cuando en cuando, siempre que podía, de las que me prestaba mi hermana, porque el dinero no nos sobraba y no podía gastarlo en libros, que le juro que mi niña iba las más mona del barrio, e inclusive yo, por mal que esté que yo lo diga, modestia aparte, iba siempre bien vestida, y no precisamente porque me comprara vestidos caros, porque el dinero no nos sobraba, ya se lo he dicho, sino porque copiaba los figurines del *Burda* y me los cosía yo misma, y como yo siempre tenido buen tipo, eso a la vista está, que de cara ya sé que no soy muy así, pero de tipo no estoy mal, algo escurrida, poco mujer si se quiere, pero de tipo mono, elegante, que a algunos hombres les parece poca cosa, a mi marido sin ir más lejos, pero las mujeres me lo envidian, yo lo sé, y como además he sido siempre muy apañada, pues yo iba bien siempre, hecha un figurín, que yo me daba mucho arte para lo de arreglarme, sin dinero pero con maña, que mi marido sería muy resultón, eso no se lo quita nadie, aunque ahora se haya echado a perder, pero en muchas cosas le daba yo ciento y raya, porque a él el dinero se le escapaba como si tuviera agujeros en las manos, y yo, sin embargo, era como una hormiguita, ya se lo he dicho, y aunque me tenía que apañar como podía, no di nunca la impresión de ir corta de dinero, muy al contrario.

Si no hubiera sido por la niña, creo, no lo habría soportado, pero lo soportaba, y nadie sabía lo triste que yo estaba por dentro, ni mi familia siquiera, porque siempre me veían tan compuesta, siempre con la sonrisa en la boca, y a la niña siempre tan educada, tan mona, tan bien peinada, con su lacito en la cabeza, que parecía un angelito, y nadie podía decir nada de mí, porque mi marido bebería y lo que fuera, pero yo no salía de mi casa más que para llevar y traer a la niña del colegio, y para ir a la compra y a misa y a casa de mis padres, y yo misma me convencía de que las cosas habían salido bien, de que no estaba triste con la vida que llevaba, y además, poco a poco empezamos a hacer dinero, porque, por mucho que mi madre, que le tomó ojeriza a mi marido desde que le echó la vista encima, dijese siempre que Eugenio era un sinsustancia que a nada llegaría, la verdad es que un fontanero puede llegar a ganar mucho, y mi marido lo ganaba, aunque se dejara la mitad en el bar, que al fin y al cabo era dinero limpio, que no se le iba en impuestos ni en tonterías, como él decía, que lo que cobraba se lo quedaba sin tener que dar cuentas a nadie, y que en la fontanería nunca hay paro, que todo el mundo acaba por necesitar antes o después que le arreglen unas cañerías o le cambien un grifo. Luego se asoció con uno y montaron una empresa de reformas, y ahí sí que empezó a entrar el dinero en casa, a chorros como quien dice, no le quiero ni

contar, porque casi todos esos asuntos se cobran en negro, y mi marido inteligente no sé si es, pero listo un rato, para esas cosas tiene más conchas que un galápago, amén que, qué quiere que le diga, claro está que en esta vida cuentan más los amigos que los títulos. Y si echo la vista atrás, no sé en que se me pasaron a mí los años, pero se pasaron, y todo parecía ir bien, o más o menos bien, mientras la cría fue pequeña, a él le veía poco o nada, pero ya me había acostumbrado, y casi prefería verle lo menos posible, pero verle contento cuando le veía, y yo llegué a ser más o menos feliz, o al menos yo creía que era feliz, y si alguien me hubiera preguntado le hubiera dicho inmediatamente que estaba muy enamorada de mi marido, pero sin dudarle un segundo, y con la mano en el corazón, qué quiere que le diga, no estaba peor que mi hermana a pesar de que el suyo fuera director de sucursal de un banco, al fin y al cabo teníamos todo lo que había que tener, dos dormitorios, dos coches, una hija preciosa, educada en un colegio de pago, un chalet adosado, una televisión en cada cuarto, un perro de raza y un apartamento en Torre vieja.

La niña, sobre todo la niña, era la razón de mi vida, mi orgullo, mi alegría, y por eso me puse yo tan mal cuando creció y cambió de aquella manera, y dejó de comer, y se quedó tan flaca, desmesurándosele las ojeras, un armazón de huesos flotando en la ropa, tan rara... hosca, huraña, desabrida... desnortada como quien dice, todo el día encerrada en su cuarto y replegada en un silencio de caracol, no quedaba nada de la que había sido el primor de la casa. Llamé al psicólogo a regañadientes, no porque yo quisiera, y llevé a la niña a la consulta a escondidas, porque no quería que nadie se enterara, ni la familia siquiera, o mucho menos la familia, que si mi madre se enteraba iba a decir que mi hija estaba loca, y yo no quería que nadie dijera eso de mi hija. Ya me lo habían sugerido en el colegio, y no les había querido hacer caso, pero cuando la llevé al médico de cabecera, porque estaba asustada de lo flaca que se iba poniendo la niña, que ya no tenía más que la piel y los huesos, cualquier día le venía lo que fuera, la cogía sin defensas y sanseacabó, eso pensaba yo, pero el de cabecera me dijo que la cosa era mejor que la viese un especialista, y el psiquiatra aquel que me recomendó no hizo otra cosa que atiborrar a la niña de pastillas, que si pastillas para dormir, que si pastillas para la ansiedad, que si pastillas para la depresión, que si para calmarse, que si para animarse, un delirio de pastillas de todos los colores que teníamos por casa, que yo creo que las pastillas aún la enloquecían más, porque la niña no mejoraba, todo lo contrario, de pronto le salía el genio de dios sabía de donde, porque la verdad es que por lo general

estaba muy apática, callada y como triste, con la mirada perdida, apagada, los ojos abesugados, que creo que se los embotaban las pastillas, pero cuando se enfadaba, entonces, no sabe usted cómo se ponía, me gritaba a mí, y se ponía a llorar por cualquier cosa con unos hipidos roncros y profundos, como de animal, que partían el alma. Esto empezaría más o menos cuando la niña cumplió los catorce, y siguió así, subiendo y bajando, a veces peor, a veces mejor, desde entonces, hasta que acabé por acostumbrarme a la situación, como si fuera un castigo de dios por vete a saber tú qué pecado que yo habría cometido, porque a mí la situación me destrozaba, porque yo quería a la niña a morir, qué quiere que le diga.

Ya tenía la niña veinte años cuando el médico sugirió internarla... (sigue)